

La gracia y el carácter del discípulo

Frank Binford HOLE

biblicom.org

Índice

8.1 - ¿Todo cristiano es discípulo, o solo algunos privilegiados tienen este título?	6
8.2 - ¿Puede usted resumir los requisitos para ser un discípulo cristiano?	6
8.3 - Entonces, el verdadero discípulo corre el riesgo de perder mucho en este mundo. ¿Qué gana?	8
8.4 - ¿Hay alguna diferencia entre un discípulo y un apóstol? Si es así, ¿cuál es?	8
8.5 - ¿De dónde procede el poder de ser discípulo y cómo podemos mantener este título?	9
8.6 - ¿Qué consejo podemos dar a quienes buscan vivir como discípulos del Señor Jesús?	9

En su esencia misma, la gracia de Dios es libre e incondicional. Las Escrituras nos dicen claramente que se recibe mediante el arrepentimiento y la fe. Aunque puede haber *condiciones* para recibirla, la gracia misma no lo impide. Algunos *hombres* son adeptos en dar con una mano y retomar con la otra, dando regalos tan envueltos en restricciones y condiciones que son totalmente inutilizables, pero esa no es la forma de hacer *de Dios*.

“La libre gracia de Dios” es una frase común, usada con razón, y la mayoría de nosotros la creemos. Sin embargo, al abrir sus Biblias, muchos se sorprenden al encontrarse con pasajes que inesperadamente comienzan con un «si». Por ejemplo: «Si alguno quiere venir en pos de mí, niéguese a sí mismo, tome su cruz cada día y sígame» (Lucas 9:23).

¿Qué significa esto? ¿Es la salvación tan libre como suponíamos? ¿Tenemos que llegar a algún tipo de acuerdo con el Maestro en estos términos, antes de que podamos ser contados como suyos?

Respondamos a estas preguntas considerando los versículos 25 al 35 de Lucas 14. Allí se encuentran los mismos pensamientos: «Si alguno viene a mí, y no odia a su padre, madre, mujer, hijos, hermanos, hermanas y aun su propia vida, no puede ser mi discípulo». Estas seis últimas palabras se repiten tres veces (v. 26-27, 33). Nótese que no dice “no puede salvarse”, sino «no puede ser mi discípulo».

De los cuatro Evangelios, el de Lucas es el que hace hincapié en la gracia. El párrafo anterior al que hemos leído contiene la parábola de la «gran cena» (Lucas 14:15-24). Se trata de una maravillosa presentación de la gracia de Dios. Es interesante observar que, después de presentar la *gracia* de Dios de tal manera que grandes multitudes se reunían en torno a él, el Señor se dirige a ellas y pone a prueba su sinceridad proponiéndoles las condiciones para *ser discípulo*. Distinguiendo estos dos aspectos, debemos mantenerlos juntos en el orden en que él los ha puesto.

Se pueden distinguir de la siguiente manera:

La gracia es la forma especial que adopta el amor divino, cuando se vierte sobre quienes son totalmente indignos de él. Se adapta a sus necesidades y, en la riqueza de sus recursos, responde más allá de esas necesidades.

La condición de discípulo es la forma particular que adopta el amor que nace en el corazón del creyente. Es el retorno a su fuente del amor divino vertido en el corazón. Un discípulo es alguien que *aprende*, pero también que *sigue*. Cuando la gracia de Dios se apodera de un alma y comienza una nueva vida, su primer instinto

es aprender del Salvador y seguirlo.

Al entender esto, es fácil ver que la *gracia* es el resorte principal de un *discípulo*, y no es sin razón que los dos se relacionan en **Lucas 14**.

En la parábola de la gran cena, la puerta de la salvación está abierta de par en par, y a los peores invitados. No se les exige nada, no se imponen condiciones, no se hacen tratos. La gracia brilla sin palidecer por tales cosas. Pero Aquel que pronunciaba esta parábola era muy consciente de dos cosas:

1. Que muchos pretenderían recibir la gracia sin ser verdaderos a su profesión.
2. Que los que realmente la reciben han tenido en sus almas un amor que les atrae irresistiblemente tras Aquel de quien procede, y deben comprender lo que es necesario para seguirle.

Por eso, hace seguir lo que dijo sobre la gracia con instrucciones para llegar a ser discípulo y añade dos breves parábolas para mostrar la importancia de calcular el gasto.

“Cuesta demasiado ser cristiano”, dijo una vez una persona pesimista. ¿Tenía razón?

Si hubiera dicho: “Cuesta demasiado ser *salvo*”, se habría equivocado totalmente. El indecible coste de la salvación recayó sobre Aquel que podía soportarlo, y habiendo sido hecho pecado por nosotros, lo soportó todo. Para nosotros no *cuesta* nada.

Pero utilizó la palabra «cristiano» en su sentido propio, pues fueron los *discípulos* los primeros en ser llamados *cristianos* en Antioquía (**Hec. 11:26**). Quería decir: “Ser discípulo cuesta demasiado”. De nuevo, se *equivocaba*. Ser discípulo cuesta, ¡pero no cuesta demasiado! El hecho es que nuestro pesimista amigo no era salvo, nunca había probado la gracia y por lo tanto no tenía nada que gastar. Cuando un hombre va al mercado sin dinero en el bolsillo, ¡todo cuesta demasiado! Ponía la condición de discípulo antes de la gracia, que es como poner la demanda antes que la oferta, y la responsabilidad antes que el poder para satisfacerla –en lenguaje común, es “poner la carreta delante de los bueyes”.

¿Cuánto cuesta ser discípulo? Cuesta sacrificios en todos los ámbitos; por eso las parábolas cortas son dadas. Hay que esforzarse por fortalecer la propia posición y tener mucha energía para luchar contra los enemigos.

«Porque ¿quién de vosotros, queriendo edificar una torre...?» (v. 28). ¿Tiene usted tal intención? Debe tenerla, si pretende seguir verdaderamente al Señor. Una torre

habla de protección; la necesitamos. En las Escrituras, nada es más claro, aunque somos guardados por el poder de Dios, somos guardados «mediante la fe» (1 Pe. 1:5). En nosotros recae la responsabilidad de edificarnos sobre nuestra santísima fe. «Orando en el Espíritu Santo» es, por tanto, la única actitud adecuada para nosotros, y el resultado es mantenernos «en el amor de Dios» (comp. Judas 20-21). Con el amor de Dios que nos envuelve como una torre defensiva, ¡estamos verdaderamente fortalecidos!

La *fe* es la mano que construye. La fe –que encontramos en la Palabra de Dios– es el gran fundamento sobre el que edificamos. La oración es la actitud adecuada para esta obra de construcción. El amor de Dios, *conocido conscientemente*, es nuestra torre de defensa.

Todo esto es para alcanzar un objetivo. Estando bien equipados en el plano defensivo podremos actuar ofensivamente contra el enemigo. La paleta de albañil es lo primero, y la espada le sigue de cerca.

«O qué rey, que sale a la guerra...» (Lucas 14:31). ¿Sabe usted en qué consiste este movimiento agresivo? Si es discípulo usted *debe* tenerlo. Fíjese que es el rey con los 10.000 hombres el que se propone tomar la *ofensiva* contra el rey con los 20.000. ¡Qué ofensiva tan audaz! Ah, detrás de él había una base fortificada, su torre estaba construida. Este sigue siendo el camino de Dios. La torre de David estaba construida en el desierto, cuando se encontró con el león y el oso, por lo tanto, Goliat no era un terror para él. Lutero, “el monje que sacudió al mundo”, se avanzó con su pequeño libro en el odioso hogar de Worms. Sí, pero su grito de guerra era: “Nuestro Dios es un baluarte, una defensa segura”.

Ser discípulo significa todo esto. Incluye la oración y el estudio de la Palabra de Dios. Incluye ejercicios desconocidos de los que no son discípulos, y el choque de la batalla contra el mundo, la carne y el diablo. Siéntese y calcule los gastos. ¿Tiembla? Entonces recalculé el gasto a la luz del poder de Dios y de los inmensos recursos de la *gracia*, y comenzará a gloriarse «en Cristo Jesús» y comprenderá siempre mejor a no tener ninguna confianza «en la carne» (Fil. 3:3).

Así, la gracia y ser discípulo van de la mano. El caso de Bartimeo es una buena ilustración (Marcos 10:46-52). La gracia no se movió ante su clamor y le dio gratuitamente todo lo que deseaba. «Jesús le dijo: va...», Bartimeo, no se te impone ninguna condición, ve al norte, al sur, al este o al oeste, como quieras, ¡eres libre! ¿Qué camino tomó? «Al instante recobró la vista, y lo seguía por el camino». Obligado por la gracia, se hizo discípulo. *Siguió a Jesús*.

8.1 - ¿Todo cristiano es discípulo, o solo algunos privilegiados tienen este título?

En el cristianismo no hay «favorecidos». Es cierto que como el mundo ha invadido y conquistado la profesión cristiana, el clero y los laicos de todos los rangos, correspondiendo a la sociedad mundana, se encuentran por todas partes. El cristianismo de la Biblia, aunque admite dones y oficios espirituales, no tiene nada de esto. Todos los primeros cristianos eran creyentes, santos, discípulos, (comp. [Hec. 1:15; 6:1; 9:38; 19:9; 20:7](#)). El más importante de los apóstoles no era más que un creyente, un santo o un discípulo con los demás, aunque hubiera recibido un don de lo alto y estuviera revestido de una autoridad incuestionable.

Estamos seguros de que es un grave error considerar que ser discípulo pertenece solo a unos pocos –una especie de clero– y que la gente más corriente puede contentarse con ser salvos e ir pronto al paraíso, sin necesidad de servir para nada. ¡Qué vergüenza para nosotros si, como Bartimeo, recibimos la vista, y luego, a diferencia de él, nos vamos a pasear para entretenernos por Jericó!

Existe bien tal tendencia; por eso el Señor dijo a algunos judíos que habían creído en él: «Si permanecéis en mi palabra, seréis verdaderamente mis discípulos» ([Juan 8:31](#)).

Ser discípulo pertenece a *todos los* cristianos, pero, por desgracia, ¡muchos no lo son!

8.2 - ¿Puede usted resumir los requisitos para ser un discípulo cristiano?

Lee atentamente [Lucas 9:23-26; 9:46-62](#) y [14:25-33](#) una vez más, para aprender un poco más.

El punto principal parece estar contenido en [Lucas 14:26, 33](#), donde encontramos que la única condición absolutamente esencial es que Cristo sea lo *primero* y que el resto –las relaciones, las posesiones, y especialmente nuestro «yo»– no se encuentre en *ninguna parte*.

«Odiar...» no en términos absolutos, sino comparativamente, por supuesto. Nuestro

amor por Cristo debería sobrepasar a nuestro amor natural por nuestras relaciones, que este último debería parecer como un odio en comparación con el primero ([Lucas 9:59-60](#) da un ejemplo).

«Renunciar...», es decir, que los afectos se desprenden de nuestras posesiones; ya no son nuestros, sino de nuestro Maestro, y han de contarse para él. Esto *puede* significar separarse de todo, como en el caso de los primeros cristianos, o, como Leví, *dejarlo todo*, aunque siguiera teniéndolo todo. La casa de Leví seguía siendo «*suya*» y utilizaba su dinero para hacer un gran festín para Cristo y atraer a los pecadores hacia Él ([Lucas 5:27-29](#)). ¡Un bello ejemplo para muchos de nosotros!

Pero si Cristo es lo primero, el «yo» debe irse, así que el discípulo debe negarse a sí mismo y tomar su cruz cada día.

«Negarse» es decir: ¡No!, a sí mismo. Es aceptar estar como muerto en nuestra propia voluntad. Es un trabajo interior.

«Tomar la cruz cada día», es el aspecto externo. Aceptar que la muerte como apartándonos del mundo y de su gloria. Es decir: No, al amor por la reputación y la popularidad.

Es un trabajo duro y amargo para la carne, pero suavizado por el amor de Cristo. Estos son los requisitos para ser discípulo.

¿Es fácil ver lo que ser discípulo significaba para los primeros cristianos? ¿Nuestros días son diferentes? ¿Qué significa prácticamente para nosotros hoy?

Es lo mismo hoy que entonces. La única diferencia está en los detalles. Significa más que nunca decir «no» a nuestra propia voluntad. Es cargar con la cruz –el rechazo del mundo– más que nunca. El mundo los ha rechazado por la cruz o por la espada, por las fieras o por el fuego; puede rechazarnos por el desprecio silencioso, la sospecha bien elegida o el rechazo social. Todo es lo mismo. En el caso de ellos, se trataba de ataques breves y *agudos*, y todo terminaba; para nosotros, son *crónicos*, no tan agudos, pero persistentes.

Es practicar el auto-juicio y caminar separados del mundo, incluso en sus formas religiosas. Es renunciar a muchas cosas legítimas en sí mismas por amor a Su nombre. Significa hacerse *LA* pregunta en todo momento y en toda circunstancia: no “¿Qué quiero yo?”, sino “¿Qué quieres Tú?”

8.3 - Entonces, el verdadero discípulo corre el riesgo de perder mucho en este mundo. ¿Qué gana?

Gana mucho más «en este tiempo, y en el siglo venidero la vida eterna» (Lucas 18:30). La ganancia no será de la naturaleza que agrada al hombre del mundo, que valora las cosas principalmente por la cantidad en su cuenta bancaria. Es más realista que eso. El carácter de la ganancia es el siguiente: «Si alguno me sirve, que me siga; y en donde yo estoy, allí también estará mi siervo. Si alguno me sirve, a este le honrará el Padre» (Juan 12:26).

La compañía de Cristo, el honor del Padre. ¿Quién puede estimar la ganancia de estas dos cosas? A los tres discípulos se les dio una idea de esto cuando, después de haber sido claramente informados de lo que significaría ser discípulos, fueron testigos de la transfiguración (Lucas 9) –«estando con él en el santo monte» (2 Pe. 1:16-18).

No es de extrañar que Pablo –que estaba en la vanguardia de los discípulos y que lo perdió todo por Cristo– fijando los ojos de la fe en las cosas eternas estimaba el lado «pérdida» de ser *discípulo* como solo siendo «nuestra ligera aflicción momentánea», y que el lado «ganancia» era «*en medida sobreabundante un peso eterno de gloria*» (2 Cor. 4:17-18).

8.4 - ¿Hay alguna diferencia entre un discípulo y un apóstol? Si es así, ¿cuál es?

Hay una diferencia muy clara. Dice: «Llamó a sus discípulos y escogió doce de ellos, a quienes llamó apóstoles» (Lucas 6:13). La palabra «discípulo» significa “enseñado” o “formado”. La palabra «apóstol» significa “enviado”. Todos los que seguían al Señor eran discípulos; solo los doce fueron enviados por él como apóstoles. Por tanto, ocupaban un lugar especial de autoridad y servicio.

Además, los apóstoles tuvieron que ver con los fundamentos de la Iglesia (Efe. 2:20) y hace tiempo que murieron; pero desde entonces y hasta hoy, son discípulos de Cristo los que están en la tierra.

8.5 - ¿De dónde procede el poder de ser discípulo y cómo podemos mantener este título?

El poder necesario no se encuentra en nosotros mismos ni en los ejercicios religiosos, sino solo en Dios. Sin embargo, nos es dado de manera muy sencilla. Un hermano hablaba del “poder expulsivo de un nuevo afecto”. También podemos hablar del “poder impulsivo de un nuevo afecto”. Dejemos que los brillantes rayos del amor de Dios penetren en un corazón, por muy oscuro que esté, y al instante se impone un nuevo poder y comienza la vida de discípulo.

Lo que *inicia* esta vida la *sostiene*. [Juan 14 al 16](#) es un manual perfecto de la condición de discípulo. Verá que el *amor* es la fuente de todo. El consolador, el *Espíritu Santo*, es el poder, y la *obediencia*, el hecho de guardar y cumplir los mandamientos de Cristo, es el camino por el que son conducidos los pies del discípulo.

8.6 - ¿Qué consejo podemos dar a quienes buscan vivir como discípulos del Señor Jesús?

Yo diría solo tres cosas:

1. Usted necesitará sabiduría. Por tanto, debe dar a las Escrituras el lugar que les corresponde. En ellas se expresa la voluntad de nuestro Maestro y Señor; nuestra tarea como discípulo es buscar esa voluntad, sometiéndonos a la enseñanza del Espíritu Santo. Las «Escrituras» deben ser, por tanto, para nosotros la «Palabra de Dios» y debemos estudiarlas cuidadosamente.

2. Debe estar en un espíritu de dependencia hacia Dios. La oración es, pues, necesaria. El discípulo debe cultivar siempre el espíritu de oración.

3. Debe buscar siempre un camino de obediencia. Como discípulos, nuestro gran trabajo es obedecer más que hacer proezas.

La obediencia a la Palabra de Dios es nuestro primer asunto. Dejemos a un lado cualquier carga que nos estorbaría, recordando las palabras de nuestro gran Maestro: «Si sabéis estas cosas, dichosos sois si las hacéis» ([Juan 13:17](#)).